

HOMILÍAS

“Yo estaré con vosotros”

Excmo. y Rvdmo Sr. D. **Francisco GIL HELLÍN**
Arzobispo de Burgos

Queridos hermanos en el episcopado

Queridos sacerdotes y religiosos

Queridos hermanos y hermanas todos

1. «Donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). Aquí estamos reunidos en el nombre de Jesús. Y no dos o tres, sino muchos discípulos suyos, venidos de los cinco continentes. En medio de nosotros está, por tanto, Jesús, el Señor de la historia, el Redentor de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, situaciones y geografías. Por eso, el mandato misionero que acabamos de escuchar, no ha sido la narración de un momento pretérito –todo lo solemne que se quiera– de la vida del Señor, sino una palabra viva y un mandato que Él mismo acaba de dirigirnos a todos y a cada uno de nosotros. A quienes formamos parte de la Jerarquía, los obispos, y nuestros colaboradores, los presbíteros y diáconos. A quienes formáis parte de ese inmenso y riquísimo conjunto de consagrados. Y a los laicos. Porque todos: obispos, presbíteros, diáconos, consagrados y laicos formamos parte de una comunidad que en su misma entraña es portadora de la misión salvadora que el Padre confió al Hijo y ha nacido para anunciar y realizar, con la fuerza del Espíritu, esa salvación.

Yo estoy seguro que cada uno de nosotros quiere responder, no sólo con obediencia cordial sino entusiasta, a este mandato y lanzarse con coraje a proclamar que Jesucristo es el Único Señor y el Único Salvador, que no hay otro nombre al que invocar en toda la tierra.

2. Jesucristo está en medio de nosotros. Sus palabras, por tanto, resuenan en un ‘ahora’ y un ‘aquí’ bien concretos, que no son otros que el ‘ahora’ y el ‘aquí’ de la nueva evangelización a la que nos convoca su Vicario y que comprende las naciones de la vieja Europa y las de las jóvenes Iglesias de América, África, Asia y Oceanía.

A los que formamos parte de Europa, Jesucristo nos envía a realizar el *primer anuncio* a tantos europeos que todavía no han recibido el Bautismo. Nos envía también a realizar un *nuevo anuncio* salvador a esas masas inmensas de bautizados que creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen y con frecuencia ignoran hasta los elementos y nociones fundamentales de la fe; o viven como si Cristo no existiera; o tienen un sentimiento religioso vago que ha suplantado las grandes certezas de la fe; o son presa del agnosticismo o ateísmo práctico; o se han dejado atrapar por el espíritu de un humanismo inmanentista; o entienden la fe cristiana en clave secularista; o han desertado de los grandes valores del Evangelio que tanto inspiraron la cultura europea y al ausentarse de ella la han hecho perder su alma más profunda. Este segundo anuncio es, quizás, nuestro gran reto, porque con demasiada frecuencia la tarea que nos aguarda «no es tanto bautizar a los nuevos convertidos, cuanto guiar a los ya bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio» (La Iglesia en Europa, 47); sobre todo, cuando se trata de las generaciones más jóvenes.

Pero no sólo nos envía a nuestro contexto europeo, sino al inmenso escenario del mundo entero, abriéndonos a horizontes universales, en plena continuidad con nuestra dilatada y rica historia. Porque la Iglesia en Europa ha tenido durante siglos la convicción de que no podía sustraerse a la misión ad gentes y envió innumerables grupos de misioneros y misioneras a anunciar el Evangelio de Jesucristo a las gentes de todo el mundo, yendo al encuentro de otros pueblos y civilizaciones. Es verdad que hoy han disminuido no poco los presbíteros y los consagrados. Pero esto no puede impedir que ninguna Iglesia particular deje de asumir las exigencias de la Iglesia universal y responder al clamor de tantos pueblos y naciones deseosas de conocer el Evangelio. Como podéis atestiguar los que habéis venido de África y Asia, aquellas comunidades cristianas siguen mirando a Europa y esperan de nosotros que no desertemos de nuestra vocación misionera. Tengamos la certeza de que, si somos generosos, el Señor no se dejará ganar en generosidad y hará que nuestras comunidades se renueven y rejuvenezcan, cumpliendo así la ley según la cual ‘la fe se robustece, dándose’.

3. A quienes formáis parte de las Iglesias más jóvenes, el Señor os convoca a no dejaros vencer por el desánimo, cuando algunos fenómenos pueden arruinar en poco tiempo lo que es fruto de inmensos trabajos y esfuerzos; a seguir impulsando los catecumenados; a formar cada vez mejor a los catequistas; a formar laicos bien formados y capaces de ser fermento en las realidades temporales: políticas, económicas, culturales, sociales, etc. de sus respectivas naciones y etnias; a proseguir en la opción preferencial por los pobres; a promover familias verdaderamente cristianas, que sean auténticas iglesias domésticas; y a suscitar, acoger y formar vocaciones autóctonas al sacerdocio y al estado religioso.

4. El panorama de la misión ad gentes es hoy inmenso y supera tanto nuestras posibilidades humanas, que desertaríamos de él si no contáramos con la ayuda di-

vina. Pero en el evangelio que hemos proclamado antes, Cristo no ha dejado lugar para el desaliento o la desesperanza: «Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». “Estar con”, lo sabemos bien, comporta en la Sagrada Escritura la ayuda divina que asegura el cumplimiento de la misión que Dios encomienda. La Eucaristía que celebramos cada día, como hacemos ahora, es la garantía más segura de esa presencia eficaz de Cristo para que realicemos el milagro de la evangelización. Pero es una presencia que reclama los cinco panes de nuestra colaboración. Esos panes son los de nuestra adoración eucarística ante el sagrario de nuestras respectivas comunidades, la celebración esmerada de la Liturgia de las Horas, la celebración piadosa de la Eucaristía, la recepción frecuente de la Penitencia, el recurso constante a María con el rezo del Santo Rosario, el sacrificio –pequeño, pero constante– de nuestro trabajo, de nuestra sonrisa y de nuestra caridad fraterna. ¡Cuanto más urgente se presenta la misión, más necesaria es la oración al Señor de la mies para que nos ayude a sus operarios a cosechar su mies, y para que envíe nuevos refuerzos! Seamos nosotros –y hagamos a nuestras comunidades– espacios de oración, para que Cristo pueda ser acogido, celebrado y servido.

5. Que la Virgen Santísima, Estrella de la Evangelización, ponga nuestros afanes misioneros junto al pan y al vino; para que la palabra y el poder de su Hijo y la fuerza del Espíritu los conviertan en Eucaristía agradable al Padre y les comunique la fecundidad del Sacrificio Redentor.

“¡No tengáis miedo de hablar de Cristo!”

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **Francisco PÉREZ GONZÁLEZ**
Obispo de Osma-Soria y Director Nacional de OMP

1.- Hoy estamos de nuevo en torno al altar para aprender a vivir este tiempo de misión, en ‘la hora de la misión’. No podemos dejar pasar esta gracia y no podemos dormirnos en estos momentos tan importantes. Las solicitudes de una sociedad, a veces, inmersa en lo material que no ‘presta oídos al Evangelio’ ha de impulsarnos más para ser testigos creíbles del mismo. ¡Qué hermosos los pies que anuncian el Evangelio!, nos recuerda la lectura de San Pablo. Nuestra misión es vivir en Cristo, hablar de Cristo y entregar la vida por él.

Aún resuenan las palabras que el Papa Juan Pablo II dirigió a los jóvenes el día 3 de mayo en ‘Cuatro Vientos’ de Madrid: *“¡Id con confianza al encuentro de Jesús!, Y como los nuevos santos, ¡no tengáis miedo de hablar de Cristo!, pues él es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino. Es preciso que vosotros os convirtáis en apóstoles de vuestros coetáneos”*. Esto es un reto profético y una propuesta misionera.

Es urgente que en todas las Diócesis españolas se siga potenciando este espíritu misionero. Hoy Cristo es tan necesario como lo ha sido siempre, es tan importante como lo ha sido en otros siglos o épocas, él nunca ‘pasa de moda’ porque sus palabras tienen sabor y gusto de eternidad. No es un modelo que se marchita, todo lo contrario, es la Vida que permanece para siempre. Dice la Escritura que *“nadie que cree en él quedará defraudado”*. En el corazón de toda ser humano hay una ansiedad y es la de la plenitud. Todo ser humano espera que Cristo le llene y le complete porque espera que en él habite la totalidad de Cristo. El mismo nos acompaña hasta el final del tiempo.

2.- Cuando el Papa Juan Pablo II nos invita a seguir a Jesucristo sin miedos y sin traumas no nos lo dice por pura formalidad sino porque es lo mejor que podemos realizar en nuestras vidas. Los hombres y mujeres del futuro serán los que en

HOMILÍAS

el presente han sabido poner sus vidas al calor y al fuego del amor de Cristo. Amar y anunciar a Jesucristo no sólo reporta un bien inmenso a la sociedad sino que cambia el corazón humano en obras y gestos de bondad, paz, solidaridad y fraternidad. Todo pasa con mucha velocidad y de ahí que se requieran sólidas cimentaciones para construir en el presente los proyectos auténticos del futuro. Una sociedad que no realiza una buena sementera en el momento presente, es una sociedad llamada al fracaso en el futuro.

No hemos de cansarnos de retomar las palabras que hemos escuchado en el Evangelio de hoy: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”*. La misión es seguir mostrando al mundo este deseo de Cristo. Anunciar y proclamar que las preguntas de todo ser humano tienen una respuesta segura en el amor a Cristo y en el cumplimiento de sus palabras. A la luz del Evangelio todo adquiere un brillo especial y las tinieblas de la desilusión y desesperanza vienen iluminadas y vencidas.

3.- A María, con la que caminamos, y a la que recordamos de modo especial en el Domund 2003 que celebraremos el día 19 de octubre se nos muestra como testigo fiel y firme de la misión. En Ella ponemos nuestras vidas y nuestros proyectos para que su ejemplo y su ayuda nos impulse en este tiempo propicio para seguir haciendo misión en la sociedad contemporánea, sin complejos y sin desilusiones. Es el tiempo de la misión, ‘es la hora de la misión’ y junto con Ella todos estamos llamados a esta misión.

“Mi vocación es el Amor”

(Misa de Clausura en la S.I. Catedral de Burgos y retransmitida por TVE)

Emmo. y Rvdmo. Sr. D. **Antonio M^a ROUCO VARELA**
Cardenal-Arzbispo de Madrid y
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

I. Si alguien, por ejemplo, un observador ajeno a la vida de la Iglesia, nos preguntase por la motivación primera y más honda de este Congreso Nacional de Misiones que hoy concluye en la ciudad de Burgos, señera en la historia contemporánea de las Misiones en España, habría que responderle con toda verdad que es el AMOR. El amor en el que Dios ha puesto la plenitud de la ley: el amor a El y al prójimo. El amor que queremos cumplir para llegar a la vida eterna, tal como se lo hemos suplicado en el Oración Colecta con que abríamos la Liturgia de la Palabra en esta celebración eucarística.

Y ciertamente si uno se acerca a las razones de la Conferencia Episcopal Española a la hora de acordar y decidir la celebración de este congreso nos encontraremos con la conciencia de la necesidad apremiante de promover “la misión *ad gentes*”, porque hemos de poder seguir hablando seriamente –sin sonrojarnos por nuestras inconsecuencias– de la urgencia de avivar y fortalecer la comunión eclesial que no se logra de otro modo que a través de una experiencia fiel y plena, –auténtica, en una palabra– del Misterio de Cristo. ¿Es que acaso no ha sido un espíritu misionero empapado del amor de Cristo, el que ha marcado los mejores y más fecundos períodos de la historia de la Iglesia en España? ¿No ha sido Jesucristo, vivo en su Iglesia, el que ha fascinado el alma y transformado las vidas de innumerables generaciones de jóvenes de todas las geografías eclesiales de España hasta nuestros días hasta el punto de convertirlos en “sus misioneros”? ¿Cómo no traer de nuevo a la memoria viva de los jóvenes católicos de hoy la figura del joven Francisco Javier y de su epopeya misionera? El representa el modelo insigne del misionero y de la misionera españoles de todos los tiempos.

Las experiencias contadas y compartidas estos días en Burgos en los encuentros informales y en las mesas redondas de las sesiones generales del Congreso reflejan la heroica actualidad de los misioneros hijos de la Iglesia que peregrina en España y de su entrega incondicional al servicio de la Evangelización de todos los pueblos de la tierra, especialmente de los más atribulados y escarnecidos:

- Ellos son los misioneros y misioneras, ya en el ocaso de la vida, celebrando “bodas de oro” con la Misión en Africa, Asia, América..., que siguen firmes, con entereza cristiana singular, en las fronteras más espinosas y sacrificadas de los países donde más se requiere el anuncio del Evangelio y donde más se anhela la presencia de los que lo encarnan en sus vidas con testimonio vivo. Ahí están, ellas y ellos, sin desfallecer en su amor a Cristo y a los hermanos. Deberíamos besarles las huellas, dejadas por sus pasos en la tierra de nuestras Iglesias y de sus diócesis de origen. Físicamente cansados, sí; pero espiritualmente, en cambio, sembrando de nuevas semillas los caminos de la misión y demostrando la perenne actualidad del Reino de Dios.
- Y son los jóvenes de nuestros días que sienten renacer la llamada de la misión en sus corazones, dispuestos a comprometer toda su existencia por Cristo y su Evangelio; y no solamente parte de su tiempo, de sus vacaciones o de sus talentos y recursos materiales. Los hay, y se los encuentra no tan infrecuentemente como muchos piensan y otros afirman, dentro y fuera de los ámbitos de la Iglesia. Basta asomarse a algunos de los más variados escenarios donde se desarrolla la vida diocesana –parroquias, movimientos, comunidades, seminarios...– para comprobarlo.
- Y, luego, los laicos y las familias misioneras que en un gesto de desprendimiento y abandono en las manos amorosas de la Providencia del Padre que está en los Cielos, asombrosamente generoso, asumen el reto de la misión en una nueva forma de ser testigos del Evangelio de Cristo en la que la síntesis de la palabra y de la vida se presenta, por un lado, humilde y sencilla; pero, por otro, extraordinariamente auténtica y, consiguientemente, ejemplar y convincente.

No, no hay ni opera en el trasfondo real de esta historia de la Iglesia misionera en España y de su presente, tan humana y tan sobre-humana a la vez, otra razón decisiva que no sea EL AMOR, ¡EL VERDADERO AMOR! Todo lo demás es secundario.

II. Y, sin embargo, los Obispos españoles constatábamos en nuestro plan de acción pastoral para el período 2002/2003 desfallecimientos y carencias innegables en el empeño misionero de nuestras comunidades cristianas: disminución de las vocaciones misioneras, decaimiento del interés misionero de los fieles y, sobre to-

do, planteamientos teóricos y prácticos “de la misión” que la vaciarían, si prosperasen, no solamente de su esencia evangelizadora sino también, de sus efectos humanizadores. Y, por ello, nos parecía urgente para impulsar una nueva primavera de la acción misionera entre nosotros, “difundir la sana doctrina sobre el sentido y motivación de la misión, fomentar entre los sacerdotes y los seminaristas la dimensión misionera, promover nuevos cauces de misión por parte de los laicos y seguir apoyando la colaboración espiritual y económica de los fieles”. El Congreso que hoy clausuramos con gozo visible, alabando y dando Gracias al Señor en esta Eucaristía solemne, ha querido ofrecer una primera e iluminadora contribución teológica, pastoral y espiritual a la realización de este gran sueño de una Iglesia plenamente misionera, encendida del amor Cristo y a los hermanos. Sus frutos granarán y el camino misionero de España se poblará de nuevos evangelizadores si acertamos a comprender “sapiencialmente”, con la inteligencia y el corazón, en que consiste y de donde procede el verdadero amor y, luego, si sabemos profesarlo y transmitirlo a las jóvenes generaciones.

III. Celebramos la Santa Misa delante de las reliquias de Santa Teresita del Niño Jesús, Teresa de Lisieux, verdadera maestra de la Iglesia contemporánea en el conocimiento de ese amor. Su amor, por serlo sin tapujo alguno, fue plenamente cristiano y, por tanto, profundamente misionero en el tiempo y en la eternidad. Hay que oírla a ella misma cuando al final de su jovencísima vida en su acto de ofrenda al amor misericordioso de Dios, a la “Trinidad Bienaventurada”, a la que ella se dirige con un emocionado fervor, dice: “Puesto que me has amado hasta darme tu único Hijo para que fuese mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; te los ofrezco gustosa, suplicándote que no me mires sino a través de la Faz de Jesús y en su corazón abrasado de amor”. Amor éste, el suyo, traspasado personalmente del amor del Corazón de Cristo que por obvia connaturalidad se ofrece a la Iglesia y a las almas sin límite alguno. Oigámosla de nuevo: “¡Oh Jesús, amor mío! Por fin he hallado mi vocación, imi vocación es el amor! Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡Oh, Dios mío! tú mismo me lo has dado: En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor. ¡Así lo seré todo! Así mi sueño se verá realizado”.

A fuer que el sueño de la pequeña Teresa, discípula fidelísima de la Santa de Avila, –la Santa Madre, como la conocen sus hijas las Carmelitas de todos los tiempos– se realizaría prodigiosamente: Teresa, la del Niño Jesús, progresando por la vía de la infancia espiritual hasta el momento último y crucificado de su oblación al Padre, haría “descender una lluvia de rosas” después de su muerte sobre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo, como ella misma lo había presagiado. En lo más íntimo y misteriosamente entrañable de la experiencia mística de la pequeña Teresa alentaba el carisma de la sublime reformadora del Carmelo: “Considero yo muchas veces –decía Santa Teresa de Jesús– Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama y Vos, Bien mío, queréis mirar con amor. Parece que sola una vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio”.

¡La hija merecía de verdad ser llamada e invocada Patrona de las Misiones y Doctora de la Iglesia como la madre!

IV. Siempre que en la historia de la Iglesia se ha conseguido abrir nuevas puertas a esa fórmula del verdadero amor, que tan genialmente ha revivido para nuestro tiempo Teresa de Lisieux, entonces ha brotado con un nuevo y arrollador impulso espiritual y apostólico el compromiso misionero. También nos sucederá así a los cristianos —pastores y fieles— del siglo XXI, a la Iglesia en España del tercer milenio. Cuando se entiende y se sigue al Jesús de la Cruz, que triunfó en la Resurrección, más allá de toda aspiración de victorias humanas y temporales, se sabe de quien viene y que es el Amor que salva verdaderamente al hombre. Los discípulos —ilos Doce, con Pedro a la cabeza!— lo comprendieron plenamente sólo a partir de Pentecostés. A los hijos de la Iglesia de todos los tiempos no se nos ahorra el tener que introducirnos, una y otra vez, en el mismo itinerario de conversión e identificación con Jesús, el Crucificado y Glorificado por nuestra salvación, que recorrieron los íntimos del Maestro. Para nuestro consuelo y perseverancia —ino hay que olvidarlo!— contamos como ellos con la misma compañía maternal de María, la Madre del Señor, la Dolorosa y Asumpta al Cielo. Con la Virgen, nuestra Madre, y de su mano, iremos asimilando para nosotros y para el hombre contemporáneo, nuestro hermano, las exigencias de la verdadera justicia, la del Dios misericordioso, sin retirarnos cómodamente ante el combate diario de nuestras pasiones y sin arredrarnos cobardemente ante los embites de los enemigos de la Cruz de Cristo. Son los de siempre. Son, aquellos, a quienes molesta la justicia y el amor evangélico, hecho carne y sangre, dolor y esperanzas, renuncia y amor gozoso en la existencia diaria de los discípulos de Cristo. Con María, se aprende silenciosa y alegremente lo hermoso que es saber ser el último en el honor y el primero en el servicio.

Sí, con Ella, “la Estrella de la Evangelización, nos será posible corresponder al reto del Papa en su despedida del cuatro de Mayo en Madrid —“España evangelizada, España Evangelizadora..., ese es el camino” exclamaba—. Corresponderemos con un sí, con un sí rotundo al compromiso misionero: ¡España misionera para siempre! ¡Ese es nuestro camino!

AMEN.

Francisco y Teresa, Patronos de las Misiones

Dom **Clemente DE LA SERNA GONZÁLEZ**

Abad de Santo Domingo de Silos

Queridos hermanos y hermanas;

En comunión con toda la Iglesia, orante al comienzo del día, nos hemos reunido para alabar al Señor y proclamar sus grandezas. Como San Pablo, como los santos mártires cuya memoria hoy veneramos, también nosotros hemos de gritar con nuestras voces y nuestras vidas: “¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!”, y anunciarlo a todas las gentes, a todos los pueblos de la tierra.

Todos somos misioneros, independientemente de cuál es nuestra vocación concreta como cristianos. Todos estamos llamados a ser testigos y voceros del gran misterio de amor de Dios, que nos ha sido manifestado en Cristo Jesús. En expresión de San Benito, todos caminamos “*per ducatum Evangelii*”; esto es, por el camino del Evangelio y para evangelizar. Lo hacemos siguiendo las huellas de aquel cuyos pies eran hermosos porque anunciaba la Buena Nueva a cuantos querían escucharla.

Si renunciáramos a nuestra condición de misioneros, estaríamos abjurando de lo más íntimo de nuestro ser de cristianos; estaríamos renegando de Cristo. Como obispos, sacerdotes o diáconos; como monjes o religiosos; como laicos en una u otra edad y condición, toda nuestra vida está llamada a ser alabanza de la gloria divina. Esta expresión paulina era muy querida a una gran carmelita de nuestro tiempo, Santa Isabel de la Trinidad.

La Iglesia, nuestra madre y maestra, a través de pequeños y grandes gestos, nos enseña e inculca la importancia y la urgencia de esta tarea. Tarea que hemos de llevar adelante desde nuestra propia condición, sin que para ello sea óbice nuestra realidad concreta. En efecto, vemos cómo los dos patronos de las misiones son dos santos muy diferentes en todo: uno es hombre, la otra es mujer. Él, misionero itinerante. Ella monja contemplativa. El primero, una robusta y recia planta capaz de superar situaciones límite; la segunda, una delicada flor del Carmelo. Y sin embar-

HOMILÍAS

go, a ambos les movía el mismo amor hacia Cristo; amor que les empujaba, de forma diferente pero con igual fuerza, a vivirlo y proclamarlo con la propia vida, con sus palabras y sus hechos. Francisco Javier llevó el mensaje evangélico hasta los confines del Extremo Oriente, mientras las palabras sencillas y cercanas de Teresa del Niño Jesús invadieron también muy pronto el mundo entero. Distintos fueron los medios y distintos los caracteres, pero idéntica era su pasión por Cristo, que ojalá contagie todo nuestro ser.

Al final de su vida, Teresa del Niño Jesús dejó escrito: “Puesto que Jesús subió al cielo, yo no puedo seguirle sino por las huellas que él nos dejó”. Unas huellas que las encontramos principalmente, como ella misma afirmaba, en el Evangelio. Huellas que también descubrimos en Francisco Javier, en Teresa de Jesús, en los santos mártires de Corea, en tantos hermanos y hermanas nuestros que se proponen vivir con integridad su amor a Jesús, plasmándolo en cada circunstancia, especialmente en las personas más necesitadas.

Las huellas de Jesús las descubrimos con nitidez en los tiempos fuertes y necesarios de oración, en las celebraciones litúrgicas, en la intimidad con Dios. Son tiempos de gracia y fuente inagotable de vida que nos mueven y nos urgen a proclamar la buena noticia. Tiempos necesarios, imprescindibles, si queremos ser discípulos fieles de Jesús y heraldos de su mensaje. La vida de la Iglesia y el empuje de la misión serán por eso mismo lo que sea, lo que brote, de nuestra oración. Porque es la oración la que nos lleva a la misión y la misión la que se nutre de la oración. De ahí que podamos afirmar: en este siglo XXI que hemos comenzado la Iglesia será lo que sea la oración de sus miembros.

Que nuestros hermanos los santos, junto con Santa María siempre Virgen, nos ayuden y nos empujen a seguir pregonando con nuestra palabra y nuestra vida toda: “¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!”